

Presentación



Arduas, tenaces, intensas han sido las jornadas electorales. Quizás por primera vez en la historia de México el lapso se prolongó ese número amplio de meses en el que, con demasiada anticipación, algunos candidatos y partidos entraron en campaña. Muchas encuestas, fintas, presentaciones en público, debates; una enorme cantidad de tensiones y, a veces, impropiedades... No cabe duda de que la apertura democrática en el país no sólo ha creado una novedosa situación histórica sino también ha puesto a prueba tanto a dirigentes políticos y funcionarios como a la enorme red de medios de comunicación implementados estratégicamente para cubrir el fenómeno. Otro aspecto importante —que parece haber sido ignorado en los comentarios y discusiones— es la cuantiosa suma de gastos que, como siempre ocurre, ha pesado sobre las espaldas de los ciudadanos comunes y corrientes. Esta prolongada suma de situaciones nos lleva a reconocer la conclusión indiscutible: el verdadero héroe de la jornada es el pueblo, el conjunto de ciudadanos que, en una inesperada politización que le otorgan las circunstancias, promueve con talento la observación de los personajes y los protagonistas de las actividades electorales. En efecto, tras muchos años de letargo, indolencia, ignorancia o sencillamente ausencia de ganas de “agarrar al toro por los cuernos” en las cuestiones electorales, los ciudadanos, no obstante que a veces fueron ignorados por candidatos y medios, emitieron sus silenciosos o elocuentes veredictos sobre los avatares electorales. Resulta evidente que el ciudadano mexicano, en edad de elegir, debe y puede dar fe de lo ocurrido; es el único que ha de detectar con conocimiento de causa el saldo, positivo o negativo, de estas jornadas que son nuevas para el siglo XX y prometedoras para el XXI. ◆